

fueros vascos de cada una de las provincias hermanas y único rasgo común por donde históricamente habían pasado las instituciones vascas. No se deja de advertir bastante *romanticismo* por parte de *Aitzol* al idealizar —toda idealización deforma la realidad— las instituciones forales vascas, como el ejercicio de su administración en edades pretéritas. Sin duda pensaría, en sana lógica, que primero convenía recuperarlas y después adaptarlas a un Estado moderno para afrontar su presente republicano y el futuro, nuestro presente, donde con ciertas dificultades calzan las Juntas Generales, por ejemplo.

6. *Aitzol*, para no estafar a sus lectores, ni nosotros a los nuestros, destacaba con mayor énfasis el laboreo sufrido del carlismo, tan entrampado con conservar el pasado, por no perder lo propio (fueros, diputaciones forales, lengua...), frente a la tentación liberal —tan atractiva!— de modernidad, de industrialización, de libertades. Que hubo liberales foralistas, ipues no faltaba más!, pero se sometieron en exceso a las modas. Tanto, que no pudieron impedir en 1876 el jaque-mate a los fueros. Que hubo carlistas cavernícolas y retrógrados ¡quién lo va a dudar! Que un Estado teocrático, a finales del XIX con Carlos VII, hubiera sido un desatino y un reculamiento inatural!, pero mientras tanto hubieran santificado con el poder en la mano, lo que, sin tenerlo, ya venían haciendo con acentuados gestos —hasta con la vida misma—, como la lucha por el intrascendente idioma, los diminutos folklores, las pequeñas cosas de estas tierras... Y *Aitzol* esto tenía que recordarlo y subrayarlo”.

Después de la V parte, dedicada por Iñaki Larrañaga al estu-

dio de *Aitzol* como lingüista vasco (págs. 257-290), de nuevo Goñi Galarraga estudia a *Aitzol*, como “*propagandista de la acción social cristiana*”. Dando por olvidado y zanjado, con razón, la apreciación formulada contra él y sus colegas a causa de la tutela paternalista que ejercían sobre los dirigentes solidarios, común a los dirigentes ugetistas, cenetistas y otros, Goñi nos describe, con tino y minuciosidad, el tipo de *propagandista social* que fue *Aitzol*. Pues bien, si el verdadero “arco” es “para” la flecha, un arco sin flecha se convierte en algo inútil y estéril. Y la pluma y el compromiso en la acción en *Aitzol* son la flecha irrenunciable de su arco. Y por seguir con la metáfora, como la meta de la flecha es el blanco, no el vivir acurrucado junto al arco, *Aitzol* pulsa todas las situaciones sociales de Euskal Herria, sobre todo de Guipúzcoa, trazando un magnífico proyecto social vasco. Goñi los reconstruye y cerca y sintetiza en cuatro apartados, entresacados de una atenta lectura de sus cerca de cuatrocientos cincuenta artículos, escritos por *Aitzol* en menos de seis años.

El verdadero mundo social de *Aitzol* estaba siempre delante de él, nunca detrás. Y en él Goñi advierte una auténtica rampa de lanzamiento social cristiano en los rasgos siguientes: fidelidad al propio campo, talante conciliador, distante de polémicas, fibra de luchador. Y como quien escala una montaña, *Aitzol*, afanosamente, pero a la vez, modestamente, como quien construye una casa, *Aitzol*, nos desvela el problema social de Euskal Herria, denunciando al comunismo y socialismo como soluciones vitanadas y aupando al SOV (Sindicato Obrero Vasco), como el cau-

ce más adecuado para el movimiento obrero vasco. Dejar en manos de sindicatos foráneos las reivindicaciones sociales vascas, es para *Aitzol* vivir por delegación.

En suma, cerca de 2.500 páginas que, sin duda, pueden ayudar a tomar conciencia de la realidad de Euskal Herria durante la II República, editadas con dignidad, enmarcadas entre los estudios serios y densos de la talla de la Granja, Olabari, Elorza, Tuñón de Lara, Mina, Solé-Tura, Aranguren Fusi, Extramiana, Jackson, Mugarza, Beltza, Estornés, Ortzi, Larrañaga, Onaindia. Tiempo de espadas aquel de la República, más que época de tulipanes. *Aitzol* camina en medio de toda una cadena de estallidos de rebeldía amortiguada, que la bota opresora de la guerra logró eliminar. Su hambre de libertad y de fe nos dejó la preciosidad de estas “*Obras completas*”, que no podían entrar en el túnel de nuestros bostezos. De ahí nuestro comentario.

F. RODRIGUEZ DE CORO

El laberinto vasco (Estudios vascos, tomo XII)

Caro Baroja, Julio

San Sebastian. Txertoa, 1984,
192 págs.

Pocas tentaciones tan fuertes, ayer y hoy, como la de las simplificaciones. Y, sin embargo, pocos caminos llevar más de prisa al error como ellas. Por eso, gran parte de las que se esgrimen como verdades

inconclusas, a poco que se razonen, se convierten en muy poca cosa. Caro Baroja, el antropólogo e historiador de Vera de Bidasoa, acreedor con este libro al premio "Euskadi de Plata", que concede anualmente el gremio de libreros de Guipúzcoa, en este caso el 4 de mayo de 1984, habla al recibirlo de "modernizar la sociedad vasca".

ciencia colectiva. Seguimos pensando en cosas que ya eran viejas en tiempos del canónigo Llorente y de sus enemigos, y ver que en 1984 se organiza una discusión histórica volviendo a las sempiternas cuestiones de tipo legal, sin casi tocar los problemas de historia cultural, social y económica, es desconsolador para un historiador".

"El laberinto vasco", que recoge un conjunto de ensayos sobre identidad vasca, euskaldunización, violencia y otros, de los que hablaremos, de marcado interés antropológico y cultural, constituye para Caro Baroja un trabajo de actualidad porque plantea algunas cuestiones a resolver sobre el presente y el futuro del País Vasco. Suelto y despreocupado en su apariencia, a don Julio le preocupa el País Vasco. "Este país —observa en su prólogo— vive en tiempos de tragedia: y la tragedia se basa en una falta de adaptación absoluta a su Espacio y a un desconocimiento total del tiempo en que vive. Conservar tradiciones e idiomas es una cosa. Burocratizar la tradición y forzar el uso del idioma por medios coercitivos es otra. Industrializar bien está: pero a base de hacerlo bien. Pero es que aquí se ha industrializado mal y se ha construido peor. La inundación de 1983 lo podría demostrar... si se quisiera reconocerlo. Pero no parece que vamos a hacerlo".

Enseguida Caro Baroja trenza sus ensayos a partir de "Sobre la identidad vasca. Ensayo de identidad dinámica". Aquí sus vastos conocimientos amplían las mirillas de su reflexión en seis apartados. Por el primero, inagotable, define la identidad, toda identidad como "cambios considerables e inexorables" (p. 12),

para pasar en seguida a estudiarlas en "lo vasco". Pero antes de profundizar en los cambios traza los principios de identidad estática, en el idioma, en las representaciones colectivas vascas y las que se han formado los extraños ("erdera") de ellas y, en fin, los estudios etnográficos y culturales, realizados por los folcloristas y antropólogos vascos y no vascos.

De inmediato en el segundo apartado, como en un descansillo, desarrolla el principio, subrayado por él, cuyo enunciado reza: "toda identidad es dinámica. es decir, variable". Y para estudiar esa variabilidad, dentro de lo idéntico utiliza el método histórico, del *ciclo*, usado ya por Giambattista Vico en su construcción general. Sabio este don Julio, pues la verdad es que si no se avanza recordando, se tropieza. En el primer *ciclo*, el territorio vasco actual queda repartido entre una serie de grupos étnicos, unido a la sangre o parentesco, para pasar después a un sentido territorial. En el *segundo*, reconstruido por textos de autores griegos y latinos el hecho fundamental lo caracteriza la civilización romana, con sus calzadas y como consecuencia el nacimiento de los núcleos de población, así como un cambio en el régimen de la localidad, al obligar a los vascos a bajar de sus asentamientos en altura, para que poblaran los llanos.

Para Caro Baroja a los dos primeros ciclos, se sucede un tercero, entre el siglo V y el X, con un dominio claro durante su primera mitad de la cultura cristiana, de hegemonía latina, entre Calahorra y Cascante al Sur, pero también Pamplona y por el Norte Bayona, sin olvidar la proyección de los monasterios pirenaicos y las iglesias de



Así, en declaraciones al "Diario Vasco" de veinte días más tarde (exactamente el día 23-V-1984) afirmaba que la historiografía vasca ha estado muy mediatizada por el peso de las luchas políticas planteadas desde finales del siglo XVII y por la diferencia planteada por algunos grupos a la hora de interpretar las leyes y las instituciones, centradas en discusiones sempiternas acerca del origen y la naturaleza de los fueros. Textualmente añadía: "En esto se han gastado toneladas de energía humana, descuidando otros aspectos de la vida social y económica que sólo muy modernamente se están estudiando. Pero una visión amplia de la historia no ha entrado todavía en la con-

patronato laico (págs. 21-22). Don Julio lo considera como *cierra* de círculo, o en palabras de Vico de "stato ferino". A su asa, sobreviene el *cuarto ciclo*, entre el siglo X y el XIV. De nuevo, durante otros cuatrocientos años se vuelven a abrir los horizontes, un proceso interno de *reurbanización* análogo al segundo. Aquí destacan los reyes de Navarra con nuevos sistemas de circulación y nuevos núcleos formados por gentes de fuera "los francos". Parece, añadimos nosotros, un período de primavera, nacido a la fe, pero también al comercio. Y como *todo* se exterioriza en primavera, también se exteriorizan las carencias, hasta con trazo excesivo. En nuestro caso, las luchas internas entre los nativos y adversarios. Caro Baroja escribe: "los reyes de Navarra, sobre todo Sancho el Sabio, son responsables de la creación de otros núcleos en tierras fronterizas o de sus dominios no navarros, como el portuario de San Sebastián, el de Laguardia sobre el Ebro, el de Vitoria y acaso Salvatierra de Alava, todos ajustados a una planificación rigurosa. Pero en ellas, también coloca población foránea, con la lucha consiguiente bien conocida en casos, como el de Vitoria.

Abre don Julio después un apartado *cuarto* para apresar el *quinto ciclo*, después de recordar el dinamismo increíble de los vascos en el siglo XIV y XV, a través de la industria naval, la navegación de cabotaje y la pesca de altura. El hechizo inmediato de la civilización vasca lo encuentra el excelente antropólogo en la actividad de los vascos al exterior del País Vasco. "Es en esta época cuando comienza a imprimirse algo en lengua vasca y cuando el géne-

ro histórico cobra un nivel no alcanzado hasta entonces" (pág. 28), aunque por las áreas meridionales de Navarra y Alava la lengua vasca comienza a retroceder. Provoca después un *quinto* apartado para encerrar el final del siglo XVIII, el XIX y el XX hasta 1936, que él llama *sexto ciclo* (1792-1890) y *séptimo ciclo* (1876-1936). El primero él lo considera un "*ciclo catastrófico*" en su dinamismo, porque el gobierno central cree que en el País Vasco "ha habido indiferencia o incluso infidencia y planea una serie de represalias" (pág. 29). El segundo, considerado por él, como "tragedia foral" va unido a la prosperidad económica —sobre todo, de Vizcaya y al movimiento socialista obrero, de vascos y no vascos—. Frente a éste, cada uno podrá adoptar los juicios de valor que quiera, don Julio subraya su "polimorfismo cultural y social", canalizado en gran parte por un partido nacionalista, heredero de parte de los ideales del realismo vencido.

Merece consideración aparte el *octavo ciclo*, que se inicia en 1936 y cuyo fin Caro Baroja sitúa en 1983, subdividido por cortas etapas y surcado por cambios dinámicos evidentes: no había más nacionalismo que el español, exterminador de todo ideal de izquierda y adecentado y robustecido por una unidad religiosa. Ya nosotros dedicamos nuestra reflexión a esa trayectoria hace tiempo, analizando el periódico "Arriba" y la revista "Ecclesia", publicando el libro "Colonización política del Catolicismo". La experiencia española de posguerra (1941-1945). San Sebastián, 1980, 615 págs., galardonado con el "Irún 1979". Durante él, añade Caro Baroja "se manejan ideas de 'autarquía', 'casticismo' espa-

ñol, incluso un 'imperialismo' posible en función de la guerra mundial y de la victoria del Eje" (pág. 32). Pero de las infinitas sugerencias de la libertad nacían situaciones *cripticas* de nacionalismos, vasco o catalán, comunismos y socialismos, enemigos de la Dictadura, que habitaban en su casa, con quien convivían y que, a la muerte de Franco, pudieron salir al descubierto, sin presentación, ni invitación previa.

Con esto llega Caro Baroja a su *sexto* apartado para analizar la situación presente. Ningún ser humano es capaz de sostener sobre sus hombros ni el mundo entero, ni siquiera el más pequeño mundo vasco. Sin embargo, yo pienso que, sin exagerar el número y el tamaño de las propias responsabilidades, personalmente Caro Baroja tiene vocación de Atlas para Euskal Herria, aunque no lo quiera, aunque concluya su artículo interpelándonos: "¿Pero quién reflexiona sobre esto?, ¿Para qué sirve la reflexión?" (pág. 40).

Si cada palo aguantase su vela —pero nada más que su vela y bien— todo funcionaría muchísimo mejor. Y Caro Baroja, profundo historiador y antropólogo, dedo índice que acusa y bisturí que secciona, señala posibles raíces de las tensiones en Euskal Herria. Aquí, hacer del egoísmo una forma de vida produce tensión. Y egoísmo, según don Julio, es la imposición de criterios de unidad, por la lengua —existiendo varias en el país—, por la cultura tradicional —haciendo crisis el clan, la familia, la sociedad rural—, por las leyes, por la religión. Refiriéndose al *aquí* y *ahora* del País Vasco, Caro Baroja escribe: "la sociedad vasca está en situación de 'polimorfismo' absoluto, en plena lucha de fuerzas encontradas. Los ciclos no

se repiten, los problemas sí se repiten y agravan. La lucha es de fuerzas sociales y culturales en forma extremada. La 'identidad dinámica' del pueblo vasco está *aquí* y no hay que hacerla en otra parte, haciendo abstracciones o reconstrucciones ideales de lo que fue o debe ser el vasco" (pág. 36).

Y Caro Baroja considera el abuso interpretativo sobre el País Vasco como una habilidad contra la realidad y recuerda que es problema de *interpretación del espacio*, ya apuntado por Ratzel y Durkheim. Concluye: "con respecto al vasco, estudio semejante, es acaso el más dramático que se puede llevar hoy a cabo, comparando épocas distintas. Porque un país que a fines de la Edad Media parecía todavía boscoso, con población poco densa y en casos muy aislada (...), ha pasado a ser uno de las países de mayor densidad de Europa y de concentración más irregular. La concepción del espacio del vasco no puede ser, pues, tampoco estática (...), sino dinámica y hoy entre *país* y *pueblo* hay una disarmonía de que dan cuenta, de modo preciso, la cifra de *extensión* del país y la cifra de población, comparadas desde fines del siglo XVIII a nuestros días."

Por el segundo artículo: "*Reflexiones sobre el populismo*", Caro Baroja siente la responsabilidad de las confrontaciones en Euskal Herria y procura darles su respuesta. Después de unas reflexiones semánticas sobre la palabra "populismo" y los refranes "*vox populi, vox Dei*", el adjetivo "popular", el sustantivo "pueblo", etc., Caro Baroja viene a concluir que la "voz del pueblo" posee, por lo menos, dos acepciones: una estúpida y otra, nada menos, que divina. Es

decir, nada que valga la pena tiene una sola lectura, sino varias. También lo "popular" ha padecido y quizás siga padeciendo la idealización artística y la no menos peligrosa idealización política.

Don Julio, después de aprovechar toda esta lógica, enumera los elementos que constituyen toda actitud populista, marcada por su cara bifronte, situando como "bueno" lo propio y como "malo" lo ajeno. Y al llegar aquí Caro Baroja flagela al populismo así: "¿Qué hay que amar al propio pueblo, la propia estirpe, la propia lengua, el pasado propio? Claro es. Pero hay modos y modos de amor y los amores de los populistas han arruinado a los pueblos amados y han sumido en la miseria a generaciones de hombres, mujeres y niños" (pág. 65). En el fondo para Caro es el *resentimiento* el que condiciona la conciencia individual y colectiva, descubrimiento que ya hiciera Federico Nietzsche "uno de los exploradores mejores del alma humana". El resentimiento populista —prosi-gue— cultiva la idea de la existencia de una persecución para perseguir la idea del martirio propio para martirizar, la de la necesidad de la propia defensa para atacar y ofender, aterrorizar, destrozar". Y un poco más adelante concluye: "Admitimos que el término ya está en nuestros escritores del siglo XVII y que Saavedra Fajardo escribía de modo lapidario: "El resentirse es reconocerse agraviado", el "resentimiento" y la "queja" quedan frente a libertades, privilegios, fueros y prerrogativas. La cuestión es saber cuándo hay razón para sentirse agraviado y cuándo el agravio es producto de un sueño de la razón: un monstruo goyesco" (págs. 67-68).

Las reflexiones de Caro Baroja no son de un viajero que no arraiga, que no se compromete, no. Su cielo intelectual no trata de consumir páginas, si no de desplazarse por la sociedad vasca, contemplándola toda ella, sin ignorar nada. Entre el lugar del que parten los grupos de presión vascos y el lugar que alcanzan, existen muchos otros grupos y a Caro todos le interesan. Por eso su tercer artículo: "*El espacio natural de lo autonómico*".

En cinco epígrafes trocea este artículo que "es de los que comprometen", añade a renglón seguido. Por el primero define "autonomía", siguiendo a Herodoto, como la "*facultad de gobernarse por leyes propias*", después al concepto de ley le añade su matiz de variabilidad. "Las leyes varían —señala—, las costumbres cambian, los usos se modifican. También las lenguas y las fronteras de las mismas: por convenios, artificios, coacciones". Además, para el eximio antropólogo, el mundo "civilizado" se "mine-raliza", por obra y gracia del hombre, que es capaz de convertirlo todo en escoria, residuo, bloque urbano o suburbano. Por el segundo apartado se cura en salud desde el principio al hablar del "espacio de lo autonómico", con los que miden y pesan a la "Madre Naturaleza", porque un mismo espacio es algo muy distinto para un guerrero, que para un pastor, agricultor y artista. Amplía su pensamiento en el tercer apartado al destacar lo peligroso que es creer que "el mundo está dividido en dos grandes órbitas, la 'nuestra', donde casi todo está bien moralmente y la '*de los otros*' donde todo está mal" (pág. 75).

Don Julio no se entretiene en indigestas y variables filosofías, si no que pretende escudar el

latido perceptible o imperceptible de toda la realidad, cuando añade: "De amar al prójimo como a ti mismo a creer que tú eres perfecto y que el que vive en tal o cual posición espacial, más o menos lejos de ti, tiene por fuerza unos rasgos malos, hay sensible distancia". Pasa después a subrayar los gestos heredados de otras generaciones tan autonomistas al menos como las nuestras, extraídas de pretendidas "causas naturales" —dice él—, hechos diferenciales y curiosos retratos "étnicos" del prójimo y de uno mismo. "No cabe duda —propicia— de que si hay un "espacio natural" éste es el que ocupan las pasiones en nuestros cuerpos. En el espacio que puede estar mejor o peor ocupado, los políticos tienen que contar siempre con él. Dominarlo y vencerlo, si es necesario".

Y como las actitudes de más tránsito por el momento dentro del autonomismo se encuentra el "sentimiento restaurador", laudable por supuesto, Caro Baroja le dedica un cuarto apartado. Después de apoyar su vigor y hasta su resurrección en algunos casos, siente escalofríos por los modos de querer "restaurar", porque para el excelente pensador que hay en él, alcanzar tan pronto la cumbre y seguir vivo es un riesgo terrible. El lo llama la "magia de la voluntad", explicada a la perfección en los siguientes términos: "los letrados que *embellecen* ciudades y pueblos son otras expresiones de la voluntad de unos... para que los demás se sometan a ella, la parte es el todo y la Voluntad particular o de grupo, se manifiesta conminatoriamente y amenazadoramente. Coacción, coerción, presión, alboroto, pandoragada. El viejo arte de persuadir "que es al fin y al cabo la 'Retó-

rica', ha desaparecido de la escena política, lo que hay que hacer es amenazar, 'conjurar'... y obtener. Pero hay todavía más males y peligros para las pobres autonomías" (pág. 78).

Caro Baroja cree que hay que seguir naturalmente con el experimento autonómico adelante, y precisamente por ello para defenderlo y no para atacarlo, en un quinto y último apartado, traza algunas observaciones. Para el antropólogo universal no crecer, no ver paisajes ni hombres nuevos, no participar en comprometidas reformas, sino apoltronarse en un cubil de tópicos, le da miedo. Entre ellos, pone dos ejemplos, el de la excelencia indiscutible de las leyes forales, sobre las que razona: "si las 'libertades forales' podían ser defendidas, a la par, por una masa de clérigos, frailes y monjes, de espíritu teocrático, si con los que las defendían por este lado iban palaciegos, burócratas ordenancistas, militares absolutistas y otras gentes por el estilo, no cabe duda de que aquellas eran unas libertades muy peregrinas" (pág. 81). Y don Julio añade, además, el mantenido sentido liberador del carlismo, sobre el que concluye: "puede uno ser partidario de la Inquisición y sentirse popular. Pero lo que tenga esto que ver con la idea de libertad humana y con la de que al hombre hay que liberarle de esclavitudes seculares será muy poco" (pág. 81).

El cuarto artículo de este "labe-rinto vasco" lo titula: "Sobre la violencia actual y sus causas" (pág. 85-105). En él, después de recordar "ejemplos memorables" de violencia traídos en el libro "L'Italia barbara contemporanea (Studi e appunti)" de Alfredo Nicéforo, publicado en Milán-

Palermo, en 1898, pasa a la revisión de aquellas causas de las manifestaciones colectivas de violencias, causadas por el bandolerismo, la "mafia siciliana" y la "camorra napolitana".

Caro Baroja se apresura después a dar un salto de Sicilia al País Vasco y a un estudio de las "asociaciones masculinas" violentas. Para "Diario Vasco", el premio Euzkadi de Plata 1984 resume así su contenido: "En un mundo que quiere construirse sobre bases experimentales y racionales, la violencia es la negación. La violencia tiene un margen de acción a corto plazo, porque todas las revoluciones de uno y otro signo han sido violentas; ahora bien, la violencia, como todas las acciones que ponen en tensión a la comunidad, es algo que no se puede prorrogar y prolongar indefinidamente. Aquí parece que se quiere mantener un estado de violencia, no se sabe hasta cuándo. Los objetivos de quienes la practican son irrealizables y si la violencia sigue el país se seguirá hundiendo, y se agravarán los problemas síquicos, de patología social, económicos y políticos" (DV 23-V-1984).

Don Julio, cargado de ponderación, de sabiduría y equilibrio nos ofrece a continuación, otros tres ensayos más cortos: "Euskaldunización", "¿Identidad en la derrota?" y "Tópicos, equívocos, falsedades". Por el primero viene a demostrar que siempre la unidad que da un idioma es muy relativa. De referencia al castellano, considerando a Toledo como "la escuela del bien hablar" (según Gracián, para el siglo XVII), pasará después a la consideración del euskera. "Fuerza es admitir —razona— que la unidad de lengua no sirve siempre

para llevarse bien y que acaso los peores insultos son los que los hombres se han dirigido mutuamente en la propia. También es corriente que gentes de una tierra o de una ciudad crean que hablan esta lengua mejor que otros y que se burlean de imperfecciones ajenas a este respecto" (pág. 108).

Pasando después al enjuiciamiento de la "reeskuldanización" del País Vasco, reconociendo como punto de partida su torpeza lingüística y política, señala algunos fallos de su proceso. El más peligroso de todos, a su juicio, es el de "calcar y traducir a otra escala los productos pedagógicos del 'nacionalismo español' de hace cuarenta, treinta y veinte años" (pág. 114). Es decir, para Caro Baroja "la coacción, la presión, de nada valen" (pág. 116). Con su llama de ley don Julio señala caminos, porque hay que ensanchar la vida del euskera, no estrecharla. Pero antes de echarse a correr hay que saber por qué se corre. Dice: "Hay que buscar un modo según el cual el aprendizaje del idioma sea placentero: ni más ni menos. Hay que cargar al vasco del contenido estético en primer término, y de cierta profundidad, en segundo. Pero esto no se hace a base de áridas gramáticas y de libritos de ejercicios poco amenos impuestos a los niños (...). Esto se hace a base de arte, de poesía, de teatro, de música cantada, de prosa atractiva" (pág. 116).

Y porque las humanidades de hoy son las de ayer, pero ampliadas, y porque el hombre de hoy tendrá que llevar, igual que un relicario, a sus antepasados en el corazón, Caro Baroja habla de la "identidad" (págs. 119-125). Le gira y regirá a don Julio el tema de la presión, rechazándo-

lo sin más por inhumano. "Con gritos, alborotos, algaradas, amenazas no se llega a la 'unidad': menos a la 'identidad'. No nos podemos identificar unos con otros por vía de coacción. Lo mismo si se rompen lunas en el Valladolid de 1936, en nombre de España y su noble idioma, que si se rompen en San Sebastián en 1980 en nombre de Euskadi y del suyo, no menos noble. Con corsés lingüísticos y piernas ortopédico-gramaticales, tampoco vamos a ningún lado: y menos 'si hacen daño'". Y ante los roncos vendavales modernos, don Julio acude al único recurso fértil para recuperar y aumentar la "identidad", un multiplicador que la mejora: el amor, ni más ni menos. "Amor al país en que hemos nacido o vivido. Amar a sus grandes hombres y no sólo a un grupo de ellos. Amor también a los vecinos y a los que 'no son como nosotros', lo demás, es decir, la coacción, el ordenancismo, la agresividad, el lanzar las patas por alto ni es signo de 'identidad', sino es entre energúmenos alcoholizados, ni es vía para construir o reconstruir un país que pasa acaso por la mayor crisis de su Historia y que está muy desintegrado desde todos los puntos de vista" (pág. 124).

Antes de pasar a la consideración de dos estudios de toponimia y urbanización alavesa, con los que Caro Baroja cierra el libro, y que nosotros estudiaremos en otra parte, abre otro estudio titulado: "*Tópicos, equívocos, falsedades*". Para el antropólogo vasco el tópico, todo tópico, se basa en los instintos, no es racional; mejor dicho, es irracional. "A veces —subraya él— parecen una falsedad rara y con frecuencia son contradictorios entre sí"

(pág. 127). Y don Julio 'al llegar aquí' espía y acosa el tópico de que la vejez es triste, "que los intelectuales no valen para la política y que con frecuencia son (o somos) traidores al pueblo" (pág. 129). Con la pasión y el sudor y el amor y la tenacidad que exige el milagro de poner en pie a la razón, al pensamiento entre el campo de la pasión o el interés. Al grito de: "¡los intelectuales a su rincón *"Ya vieron ustedes lo que hicieron durante la República!"*, Caro Baroja ataja: "las grandes equivocaciones durante la República no las cometieron Unamuno u Ortega u otros intelectuales metidos en el cotarro, sino los políticos profesionales. Y en Grecia pasó lo mismo. Ahora también".

Se abandona después Caro Baroja a tallar algunos conceptos equívocos y a pulirlos, como el de "*libertas*"; libertad, vista primero como "libertad de conciencia", o "libertades políticas"... o "libertades vascas". Pasa en seguida, a uno de los "*leit motiv*" de todas sus reflexiones: "*la identidad vasca*", yo creo que con la dudosa recompensa de entenderse, pues el ambiente referencial es tan inestable, que devorará sin piedad juicios como éste: "¿Hay hechos diferenciales o no? Dejemos el asunto a un lado, lo equívoco otra vez, es que el político, hombre de acción, antiintelectualista, sea hoy el que con más frecuencia nos diga, nos "dicte" cómo es el "buen vasco", cómo es el "mal vasco" y que lo haga de modo tan absolutista y dogmático como lo hacían también allá por los años de 1936-1940 los que dogmatizaban sobre los caracteres del "buen" y del "mal" español. Así, en bloque" (pág. 134).

Otra "*idea fuerza*", de las muchas que él reseña, es la idea

del movimiento mesiánico. Para Caro Baroja se necesitan niveles enrasados, comprensiones íntegras —expresas o no— y equilibrio. Textualmente dice: “Pero casi nunca el movimiento mesiánico ha tenido éxito: no diré si por desgracia o por suerte. No lo ha tenido y es todo”.

Este volumen XII de *Estudios Vascos* de Caro Baroja reúne, en fin, estudios y artículos que han sido escritos al calor de los acontecimientos. “La vida pública —observa él desde su prólogo—, la situación política, han dado motivo a la composición de algunos, que fueron redactados casi “por encargo”. Otros surgieron de mi mente atribulada y entristecida. No podrá buscarse en el libro ni alegría por el presente, ni motivo de esperanza mayor para el futuro. Su autor lo sabe y no le chocará que sea objeto de la repulsa de muchos, que quieran seguir viviendo con ilusiones. Ahora bien, querer tener ilusiones es legítimo. Lo que se puede discutir es aquello en que ciframos la ilusión. Porque si la ponemos en algo que la experiencia demuestra que es más que problemático que exista o pueda existir nos estrellaremos. Esto no es lo peor. Lo peor es que estrellaremos a los demás” (pág. 7).

Caro Baroja se ha mirado bien el corazón. Ha abierto sitio en él, lo ha hecho habitable y ha preparado un buen cuarto de huéspedes. A través de sus reflexiones se conoce, se respeta y nos alienta. Se podrá discrepar de ellas, pero posiblemente con ellas nos hallaremos mejor dispuestos para recibir a otros. Sin prisa espera. Tampoco nos obliga a levantar la cabeza en posturas insostenibles, pues nadie puede elegir en nuestro lugar. Con su volumen XII de “*Estu-*

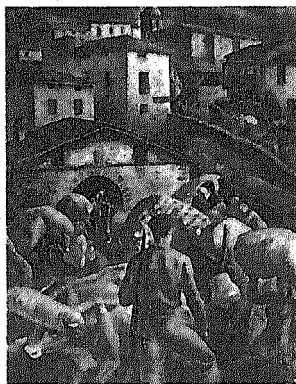
dios vascos” sigue ahí, y aquí, y ahora, resistente, rotundo, definitivo, nunca ciego. Su sabiduría no se improvisa, pues nada avanza por saltos en la naturaleza. Cualquier avance necesita confirmación... Don Julio tiene todas las confirmaciones.

Francisco RODRIGUEZ
DE CORO

El problema vasco en la II República

Fusi Aizpurura, Juan Pablo
Madrid. Turner, 1978, 147 págs.

EL PROBLEMA VASCO EN LA II REPUBLICA



Ediciones Turner

Separan doce años la publicación de este libro de nuestra recensión. No obstante, el trabajo de Fusi constituye todo un hito en el estudio del problema vasco en la II República, pese a su brevedad y densidad. Brevedad y densidad deliberadamente buscadas por el autor frente a la barbarie de charlata-

nismo que nos invade en el campo de la historia y de la historia política contemporánea.

El eximio profesor Fusi enmaroma el estudio del problema vasco al estudio de la trayectoria del estatuto, ligada a las vicisitudes del de Estella, del de las Gestoras y del de Izquierdas, con el Frente Popular. Para competramos con las vicisitudes históricas, políticas, jurídicas y comunales, Fusi necesita, certero, un preámbulo que sirva para explicar la enajenación y exasperación de la comunidad vasca desde 1876, año de la abolición de los Fueros, —señala Fusi— pero tal institución sancionaba jurídicamente el particularismo histórico de las provincias vascas.

De ahí que Fusi, prevenido y atento, su introducción la subdivide en tres epígrafes complementarios que colmen, en visión de conjunto, el llamado “*problema vasco*”. Por el primero nos traspasa unas puntualizaciones sobre los Fueros, como su vaguedad, su origen, sus elementos constitutivos, sus límites y las implicaciones políticas e históricas que resultaron de su abolición. Además, como la comunidad vasca fue siempre propensa a encantarse por la reintegración foral, no se le escapa a Fusi un estudio, espeso de signos, que cubre la trayectoria de las diferencias entre las fuerzas políticas vascas sobre el concepto de reintegración foral. De Angel de Zabala a Antonio Maura, de Víctor Pradera a Ramiro de Maeztu, de Cánovas a Calbetón, de Balparda a Jamar, de Chávarri a Vázquez de Mella, brotan y rebrotan las distintas interpretaciones. Con luz clara, Fusi nos las explica.

Concede después ocho páginas para agotar todo el desgarró